

# VIA CRUCIS

Jesús Higuera Esteban  
Párroco de Santa María de Caná

Por la Señal ✠ de la Santa Cruz  
De nuestros ✠ enemigos  
líbranos Señor, ✠ Dios Nuestro  
En el nombre del Padre, ✠ y del Hijo y del Espíritu Santo.  
Amén.

## PRIMERA ESTACIÓN: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

En esta primera estación vemos cómo el Señor paga por una condena injusta. Los juicios humanos son tantas veces malos... El hombre, cuando juzga, tantas veces se equivoca... Pero peor que el juicio es el prejuicio: cuántas veces nos atrevemos a condenar porque prejuzgamos, sin saber todavía cómo son las cosas en su verdad, en su realidad. Nos atrevemos a decir de las personas que son así o asá, si alguien me conviene, si son buenos o malos.

El Señor sigue padeciendo en su cuerpo las condenas injustas, sigue padeciendo en su propia carne y en su propia alma tantas condenas injustas que excluyen a las personas por razón de raza, religión, política, y por tantas otras razones que, juntándolas todas, nunca serías suficientes para poder decir a alguien: “Tú no eres bueno, tú no mereces estar conmigo, no mereces mi respeto, mi cariño y mi amor”.

En esta primera estación, acompañamos a Jesús y le pedimos perdón de todo corazón: Señor, perdón por tu condena y por todas las condenas de las que yo me he hecho cómplice, las condenas que yo he realizado injustamente.

Te pido, Espíritu Santo, que me hagas comprender, recordando esta primera estación del Via Crucis, que nunca tendré la autoridad moral para condenar a nadie.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mí.*

## SEGUNDA ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

“Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24). ¿Sabes cuál es el gran problema de nuestro tiempo? Que queremos un cristianismo *light*, a nuestra medida. Queremos un Dios a nuestra imagen y semejanza, que Dios sea como yo quiero, piense como yo, ame lo que yo amo y como yo lo amo, y acepte lo que yo acepto. Sin embargo, el cristianismo no es una religión de supermercado, donde vamos cogiendo de las estanterías lo que queremos. Un cristianismo sin cruz no es cristianismo.

Señor, ¡cuántas veces te he pedido que quites la cruz de mi vida! ¡Cuántas veces me he rebelado contra aquello que para mi es una cruz, como situaciones personales muy duras! Incluso he renegado de ti, Señor, me he podido enfadar contigo e incluso me he distanciado de ti cuanto me decías, como Padre mío que eres: “¿Por qué no abrazas la cruz? ¿Por qué no la aceptas? En la cruz te estoy esperando. En la cruz te voy a dar la vida. Del mismo modo que mi Hijo abrazó su cruz y se puso a caminar, no tengas miedo a tomar tu cruz, aunque el peso te parezca superior a tus fuerzas”.

He de saber cuál es mi cruz. He de atreverme a abrazar mi cruz, y a decir: “Señor, si es lo que has dispuesto y lo que quieres en mi vida, lo acepto. Pero ayúdame, simplemente ayúdame. Concédeme tener fe en tu gracia y saber que Tú la vas a llevar conmigo, que Tú la vas a vivir conmigo. Que no es *mi* cruz: es *nuestra* cruz.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

## TERCERA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Dios cuenta con las caídas, cuenta con que nos rompamos. Quizá nos hemos hecho la imagen de que el hombre perfecto es el que nunca se equivoca, al que todo le sale bien y su vida es pluscuamperfecta. Pero es una imagen equivocada. Por eso, cuando nos caemos u otros cerca de nosotros se caen, nos escandalizamos : “¿Yo, romperme? ¿Yo, caerme? ¿Cómo puede ser esto?

Sin embargo, Dios sabe que te hizo del barro de la tierra. Dios no te hizo de metal ni de piedra granítica. Dios te hizo de barro y lo propio del barro es quebrarse y romperse. Hasta que no aceptemos que somos pobres, muy pobres, y muy indigentes y, por tanto, que en nuestra vida nos vamos a caer muchas veces, quizá es necesario que me caiga unas cuantas más para terminar de verlo. No puedo asustarme por caerme, por romperme. A todos se nos pueden romper las emociones, el ánimo, la imagen que teníamos de una persona de la cual dependíamos muchísimo... y no pasa nada por romperse. Es más, Dios cuenta con tus fracturas para que tú te dejes sanas y te dejes curar.

¡Qué doloroso, pero qué bonito es contemplar a Jesús, perfecto Dios, pero también perfecto hombre, que se cae, se derrumba y se hunde! No tengas miedo a caerte. Si te caes, están los brazos de Dios, y los brazos de María, que en la siguiente estación contemplaremos.

Señor, enséñame a ser barro. Enséñame a ser pobre, a no vivir de una imagen idealizada de hombre perfecto, de mujer perfecta, que tiene siempre que hacerlo todo bien. Quiero aceptar el hecho de cansarme, de caerme, de romperme. Señor, cuando me caiga, recógeme Tú.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

**CUARTA ESTACIÓN:  
JESÚS ENCUENTRA A SU SANTÍSIMA MADRE**

**✠** *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
**✠** *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

María es la mujer que sabe estar donde tiene que estar y cuando tiene que estar. Es la mujer del silencio, la mujer que sabe sufrir, amar y callar. Ella está al pie de la cruz y guarda silencio. A los pies de la cruz escucha estas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” (Jn 19,26).

Esta escena del Via Crucis ¡la hemos contemplado tantas veces!: María, rota de dolor, desencuadernada interiormente, viendo que lo más bello que tenía en su vida se lo quitaba, lo destruían, lo hundían.

¿No os ha pasado alguna vez que lo más bello que teníais en la vida os lo han querido destruir, os lo han querido arrebatarse: planes preciosos, sueños maravillosos, personas estupendas...? Y se nos han marchado, han desaparecido. Y es el momento de mirara a María, porque ella, ante la destrucción de su Hijo no se rinde, sino que ante la destrucción de aquello que más amaba, no pierde la esperanza, no huye, no reniega. Sabe estar, sabe sostener, sabe consolar sin palabras. Es un arte precioso de la vida esa elegancia silenciosa del que sabe dónde tiene que estar y lo que tiene que hacer. Tantas veces en la vida, lo más importante no es comprender, sino aceptar. Si quisiéramos comprender todo, nos tendríamos que rendir: es imposible para nosotros. Pero en cambio, sí podemos aceptar.

Piensa por un momento en esta cuarta estación de la mano de la Virgen: “¿Qué es lo que me cuesta más aceptar ahora? ¿Qué es lo que quiero comprender y no comprendo? ¿Qué plan o proyecto es el que se me ha roto? Te pido, Padre, que me concedas el auxilio de María, como se lo concediste a tu Hijo Jesús. Y que escuche con claridad sus palabras maternas: “Soy tu madre. Aquí estoy. Puedes contar conmigo. Aquí estoy porque es lo que mi Hijo me pidió: que con cada uno de vosotros me portara como una verdadera madre”.

**✠** *Señor, pequé.*  
**✠** *Tened piedad y misericordia de mi.*

## QUINTA ESTACIÓN: JESÚS ES AYUDADO POR SIMÓN DE CIRENE A LLEVAR LA CRUZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

El término “cireneo” se utiliza para describir a aquél que no le importa cargar y a ayudar a llevar las cruces de los demás. Curiosamente, éste es el mejor modo de superar nuestras propias cruces. Deja de mirarte el ombligo; deja de pensar que tú eres el centro del universo e intenta entender que cerca de ti hay personas que han pasado lo mismo que estás pasando tú. Hay personas que están llevando una cruz incluso más pesada que la tuya. Atrévete a olvidarte por unos minutos de lo que es tu horror personal, reza por otras personas, y verás cómo el amor te sana. El amor es sanador: es una medicina que cauteriza nuestras heridas más profundas cuando somos capaces de salir al encuentro del sufrimiento de los demás.

Simón de Cirene tendría sus propios problemas, y llevar la cruz se le presentó de modo inesperado: fue un incordio, le obligaron los soldados romanos a llevarla (cf. Mt 27,32). Pero, cuando vio el rostro de Jesús, aceptó llevar la cruz, dijo que sí: “Aquí estoy contigo, quiero llevar tu cruz”.

¿A quién tengo cerca de mí que tenga una cruz tan pesada como la mía? Que, sin pretensiones de dar nunca lecciones a nadie, brote de mi corazón el deseo de decir a esa persona: “Cuenta conmigo si quieres, tienes la puerta abierta; no me incomoda si me pides algo, si necesitas apoyarte en mí”. Entonces, verás que salir de tu rollo diario, de tu egocentrismo, salir de esa especie de cosmos que tú te has montado para ti mismo, te ayudará a aliviar el peso de tu cruz. Comprenderás que el Señor necesita de muchas personas como tú, que estén dispuestas a saber llevar las cruces de sus hermanos los hombres. Para salir del pozo, muchas veces es necesario entrar en los pozos que tengo cerca. Verás cómo ya habrás salido del tuyo; y el Señor te habrá liberado de tantos males que conlleva estar centrado, dando vueltas al propio sufrimiento.

Simón de Cirene tuvo el privilegio de ayudar a Jesús a cargar con la cruz. Pero piensa que tú eres también tan privilegiado como él. Cristo te dice: “Tú puedes hacer hoy igual que él lo hizo conmigo. Cada vez que los haces a uno de estos, mis humildes hermanos, lo estás haciendo conmigo” (cf. Mt 25,40).

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mí.*

**SEXTA ESTACIÓN:**  
**LA VERÓNICA LIMPIA EL ROSTRO DEL SEÑOR**

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Cuenta una piadosa tradición que, camino del Calvario, una mujer se abrió paso audazmente para llegar a Jesús, y limpió con un paño su rostro herido, que quedó plasmado en la tela. Verónica significa *verdadero icono (vera icona)*, verdadero rostro.

Se trata de una mujer valiente, que le daba igual lo que le dijeran. Atravesó la muralla de soldados para limpiarlas heridas y el rostro del Maestro.

Lo de menos es el lienzo; lo importante es el gesto. Porque esta mujer venció un problema que tenemos muchos, y que son los respetos humanos, el “qué dirán”, el “qué pensarán” o “qué me van a hacer si hago esto o lo otro”. A esta mujer le importó muy poco el juicio del mundo. Incluso arriesgándose a sí misma, dio la cara por Jesús y no se avergonzó en el momento difícil, cuando realmente le podían hacer mucho daño por ser amiga de Jesús y por haber tratado al Maestro.

Era una mujer valiente, muy valiente, como tantas mujeres que se sobreponen a los miedos, que superan los complejos, que saltan las barreras de lo políticamente correcto. Una mujer con una fe así está donde Dios le pide que esté, ama donde el Señor le pide que ame. Una mujer que tiene claro quién es su Redentor, su Señor, y que sólo a Él debe rendir cuentas. No rinde cuentas a la sociedad donde tantas personas aplauden para mañana condenarte, una sociedad a la que casi siempre le importa todo un bledo. Sólo rinde cuentas a Dios, a su propia conciencia y a aquéllos que ama. Sólo quien ama de verdad tiene autoridad para decir qué haces y por qué lo haces.

Hoy muchos cristianos vivimos acomplejados, que nos avergonzamos del Señor, nos avergonzamos de vivir una vida coherente. La Verónica nos muestra a todos una mujer valiente que superó esos miedos. Le dio igual, asumió el riesgo y afrontó las consecuencias.

Pedimos en esta estación al Señor tener valor para imitar ese gesto de esa gran mujer, ser valientes y tener el valor de actuar en conciencia, el sagrario donde Dios se revela al hombre.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mí.*

## SÉPTIMA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Reza el dicho que “el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra”. La segunda caída de Jesús es como afirmar esto. No me caeré una sola vez: me caeré más. Porque mientras tenga vida, me equivocaré muchas veces, me caeré.

Cuántas veces pensamos en nuestra muerte y decimos: “A mi, el momento de la muerte me gustaría que me encontrara perfecto, bueno, lleno de amor, sin equivocaciones”. Pero cuando venga ese momento de tu muerte, te encontrará humano y, por tanto, te podrás encontrar con limitaciones, con equivocaciones, con fallos.

Ser perfecto no significa hacerlo todo bien, sino acoger la perfección del amor de Dios. Es decir, saber que Dios me ama perfectamente.

Esta segunda caída te tiene que convencerte de que a Dios no le importan tanto tus equivocaciones personales, que a Dios no le pone tan nervioso eso que te pone tan nervioso de ti mismo. A Dios lo único que le importa es que tú sepas ser noble, que sepas ser barro y le entregues cada día tu pobreza y tus caídas. Y, sobre todo, que te vuelvas siempre a levantar. Él te da la mano y te dice que no te detengas, que sigas adelante. Si te has caído, haz como cuando se caen los niños: se levantan. Y si no pueden levantarse, vine la madre y los levanta.

Si el Señor cae dos veces, ¡cuántas tendré que caer yo! Así es como pide el Señor que asuma esa perfección que me pide. Ser perfecto es en realidad acoger permanentemente un amor que es perfecto (cf. Mt 5,48).

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*



**OCTAVA ESTACIÓN:**  
**JESÚS ENCUENTRA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN**

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Fijaos qué expresión más curiosa: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos” (Lc 23,28).

Hay dos modos de llorar: se puede llorar porque la vida no es como yo quiero o se puede llorar por la pena que nos dan las cosas. El primero es un llanto egoísta; el segundo es un llanto por amor.

El Señor, en el camino que lleva al Calvario, enseña cuál es el dolor verdadero. Si las cosas me duelen porque yo deseo que sean de un modo, ese dolor no es bueno. Pero si las cosas me duelen porque hay una omisión en el amor y el amor no es amado, y las criaturas del amor no son amadas, entonces ese es un dolor sanador.

Muchas personas habéis vivido o estáis viviendo situaciones de enfermedad, de miedo, y habéis llorado. Todos hemos llorado, pero cuando lloramos porque amamos, porque nos importa alguien y realmente deseamos el bien a ese alguien, es un llanto que no ahoga, que no destruye. En cambio, cuando lloramos por nosotros mismos, entonces es un dolor que amarga, que abrasa y destruye al ser humano.

Señor, enséñame a llorar. Porque llorar es parte del ser humano. Llorar nunca me va a hacer daño; llorar es mostrar mis emociones y dejarlas que salgan fuera. Llorar es saber aceptar con amor y por amor. Por eso, pregúntate por qué lloras y cómo es tu llanto. Y desde ahí, podrás entender por qué dice Jesús: “No lloréis por mí. A mí no me hace falta. Llorad por amor, llorad por vuestros hijos”.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

NOVENA ESTACIÓN:  
JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Esta caída representa el abandono absoluto de las fuerzas de Jesús. De hecho, en muchos cuadros, se le representa ya desmayado, cerca del calvario. La tercera vez, Jesús ya no podía casi respirar. Y le arrastran hasta el patíbulo para coserlo a la cruz. El Señor pierde la fuerza física, puede decir realmente: “Ya no puedo más”. Y a partir de ese momento, se abandona y se deja hacer.

¡Qué difícil es saber abandonarse en Dios! El problema es que pensamos que confiar en Dios es que baje un ángel y nos arregle las cosas. Y eso no va a pasar.

La confianza sólo llega a través de una mano tendida, que se llama “fe”. Una mano invisible que tú tienes que agarrar diciendo: “Mira Señor, yo no entiendo nada. No soy capaz de nada. Sólo sé que eres mi Padre y que me vas a cuidar. Dios mío, enséñame a confiar y enséñame a abandonarme en ti. No te pido explicaciones porque no soy capaz de asumirlas. Te pido que me des el don, el regalo del cielo, que es la paz interior. Señor, que nada me haga perder la paz, que nada me haga dudar de ti. Y si dudo, socórreme”.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

**DÉCIMA ESTACIÓN:**  
**JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS**

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Sabéis que los judíos eran especialmente pudorosos, era un pueblo que guardaba con mucho cariño el pudor. Y al Señor lo desnudan, le quitan todo. Jesús pierde todo, hasta la misma dignidad. Burlado, en medio de una muchedumbre, como lobos furiosos. Y Él, mando, en silencio, aceptando perderlo todo.

Pero, en realidad, no se lo quitan: Él lo entrega voluntariamente. “Nadie me quita la vida, sino que yo la entrego libremente” (Jn 10,18).

Esa libertad interior es lo que realmente hace diferente esa entrega: entregar la vida nos hace espirituales y capaces de dar un sentido a todo lo que nos ocurre. Debo considerar siempre que, aunque sé que el Señor me pide cosas, en realidad nunca me las quita. Me puedo resistir a dárselas, pero me va a dar igual resistirme. Es mejor que, cuando veas que el Señor te pide cosas, repitas los gestos de entrega de Cristo, y le digas al Padre: “Aquí estoy. Todo me lo has dado tú, Señor. Todo es tuyo. La familia me la diste tú, los hijos me los diste tú, todo es un don tuyo siempre. ¿Con qué derecho me atrevo a reclamarte algo que tú me has regalado, y de lo que eres el único propietario?”

Es bueno que, cuando nos veamos despojados de aquello que nos parece más esencial nos atrevamos a decir al Señor: “Tú me lo has dado todo; eres el único propietario. Me había equivocado. Creía que era el dueño de las cosas y de las personas. Creía que podía controlar, y no soy capaz de hacerlo. Creía que podía disponer y no puedo”.

Jesús deja hacer, pero a Jesús no le quitan nada: lo entrega todo.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

## UNDÉCIMA ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Hasta ahora, Jesús había cargado la cruz, la llevaba, y en alguna de las caídas, se le caería. Ahora, en este momento final, le cosen a ella: meten a martillazos unos clavos largos de metal en sus muñecas y tobillos. Lo que a Jesús le queda de vida queda irremediablemente unido, cosido a la cruz.

A veces nosotros tenemos que aceptar que hay cruces que van a estar con nosotros el resto de nuestra vida, hasta el final. Esto es duro, porque soñamos tantas veces con que no sea así, deseamos que se terminen. Y sí, muchas terminarán. Pero otras quedarán hasta el final de nuestros días. De hecho, Jesús es cosido a una cruz y en esa cruz termina su vida. Así es el designio redentor del Señor.

Yo, Señor, en este viernes en que estoy meditando y considerando las escenas de tu Pasión, tal vez algún día decidas coserme a una cruz para el resto de mi vida. Sé que podrá ser difícil, pero sabré que será la cruz de mi redención, la cruz de mi salvación.

Piénsalo y, cuando el Señor te diga: “Mira, esto va a quedarse contigo hasta el final”, no le digas que no.

Al final, la cruz se transformará en gloria, no lo olvides. Porque si no hubiera gloria después de la cruz, ésta sería absurda e insoportable. Cristo nos promete: “Después de la cruz, vendrá la resurrección”. De la cruz a la luz.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mí.*

## DUODÉCIMA ESTACIÓN:

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

### JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Si hasta ahora hemos contemplado al Señor padeciendo, ahora contemplamos su final. Pero el final es al mismo tiempo el comienzo. San Juan evangelista presenta un crucificado glorioso, majestuoso, que desde la cruz entrega el Espíritu. El costado abierto de Cristo en la cruz es el manantial de donde brota el Espíritu Santo.

Se deja taladrar el corazón y de ese refugio bendito mana sangre y agua, para que tú bebas de esa fuente y sacies toda tu sed en la sangre limpia de Cristo y en el agua redentora de Cristo.

Los santos siempre han dicho que ese costado abierto de Cristo es el lugar donde han encontrado refugio en momentos de turbación; el refugio donde podía uno refugiarse y ponerse al amparo de tantas tormentas y amenazas, para que la barca de nuestra vida azotada por la tempestad no sucumbiera y llegara a puerto seguro.

En la Iglesia hay una devoción preciosa: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. No se refiere al músculo del corazón, sino al Corazón de Jesús como el lugar en que refugiarme para siempre, es decir, mi hogar. Allí, en el Corazón traspasado de Jesús, yo encuentro mi propia identidad, encuentro la fuente y el origen de mi vida.

En esta duodécima estación, contemplamos al Señor en la cruz como un rey poderoso y a la vez débil. Pero, sobre todo, contemplamos el Corazón abierto del Salvador, siempre invitándote a entrar. Haz la experiencia de entrar en el Corazón de Cristo, de sentir como Él, perdonar como Él, aceptar como Él y redimir como Él.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

## DECIMOTERCERA ESTACIÓN: JESÚS EN LOS BRAZO DE LA MADRE

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

María al principio y María al final. María con un bebé entre los brazos, y María con un hombre muerto en sus brazos.

¿Qué había pasado desde el principio hasta el fin? Una historia humana llena de sueños, de proyectos y que aparentemente había fracasado.

¿Os imagináis las tentaciones de María en ese momento? Cómo el demonio le susurraría al oído que había sido engañada, que ese no es el Hijo de Dios, que es un impostor. Le diría también que su vida había sido un fracaso: que había sido engañada, que era una ilusa.

¡Qué tentación tan terrible cuando uno empieza a pensar que su vida es absurda! Pensar que mi vida toda ha sido como un sueño; que está muy vacía; que se está hundiendo. Es el momento de tener fe como María. Ella fue profundamente tentada, y nosotros también podemos ser tentados de igual modo. El Enemigo te pregunta para qué te esfuerzas, para qué luchas, para qué te entregas a tus hijos, a tu esposo o esposa, si luego te van a dejar de lado.

Sin embargo, María no suelta a su Hijo. Es fiel hasta el final, hasta depositarlo en el lugar de su descanso, el sepulcro. Ella no cede. Espera la resurrección.

El enemigo siempre querrá que nos rindamos, que tiremos la toalla, que pensemos que no merece la pena. Pero, de la mano de María, contemplamos que sí merece la pena. Y mucho: vale la pena porque vale la gloria. Cuanta más pena llevada por amor, más gloria.

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*

## DECIMOCUARTA ESTACIÓN: JESÚS ES SEPULTADO

✠ *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos*  
✠ *Que con tu Sangre redimiste al mundo.*

Y al final, cuando todo está perdido, sólo queda la esperanza. En aquella comitiva fúnebre sólo María sabía qué iba a suceder. Sólo en su corazón, que había sido atravesada por siete espadas, se hizo compatible el dolor y la esperanza.

Sabía que el sepulcro iba a ser llamado durante generaciones el lugar más santo del mundo entero.

Quienes hemos peregrinado a Tierra Santa, ¡con qué veneración entramos al santo sepulcro y besamos el lugar donde se resolvió la gran tragedia de la humanidad, que es la muerte! Porque donde Cristo fue sepultado, allí se produjo el triunfo definitivo sobre la muerte.

María, al terminar el Via Crucis, te pido que me enseñes a saber que dolor y esperanza se necesitan: son dos hermanas que tienen que ir de la mano. El dolor sin esperanza es un dolor absurdo; y esperanza sin dolor, un sueño fatuo.

Dolor y esperanza es lo que muchos de nosotros hemos experimentado y vamos a experimentar. Pero, agarrados a la mano de María, ella nos enseñará a esperar el triunfo definitivo de Cristo. ¡Él es el “sí” del Padre a toda nuestra vida!

✠ *Señor, pequé.*  
✠ *Tened piedad y misericordia de mi.*